

La agresividad masculina. Reflexiones para prevenir la violencia

Santiago Frago

Silberio Sáez

Sexólogos

Asesoría sexológica para jóvenes del CIPAJ (Ayuntamiento)
y de la Universidad de Zaragoza

■ Introducción

Este artículo está escrito desde la Asesoría sexológica. Aunque lo venimos indicado de forma reiterada en números anteriores de esta misma publicación, recordamos que sexo es la diferencia (de «sexare»: separar) que distingue y clasifica a las personas en hombres y mujeres. Para nosotros esa diferencia es un valor; y más que preocuparnos por la igualdad, nos interesa ver en qué, cómo y por qué somos diferentes. Eso sí, una cosa es la diferencia y otra la discriminación.

En ocasiones, y aunque entendemos los motivos, por temor a esa discriminación, se tiene la reacción automática de negar, o al menos restar relevancia, a toda diferencia entre hombres y mujeres.

Así mismo, somos conscientes de que últimamente (por tanto no siempre, sino solamente como hecho reciente) sexo se considera «conducta erótica»; pero esto es sólo una metonimia (tomar una parte por el todo), una reducción de un fenómeno mucho amplio, rico y complejo que es el hecho de ser hombre y mujer.

Como estamos partiendo de la diferencia sexuada, entre hombre y mujer; nuestro análisis de la violencia parte justamente de esa premisa. No es lo mismo ser hombre o ser mujer a la hora de enfrentar, percibir o asimilar determinadas emociones humanas. Los resultados serán diferentes en unos y en otras.

Y más allá de la reducción demagógica del panorama, en malos y buenas, en verdugos y víctimas; queremos ofrecer unas líneas de reflexión para que los jóvenes pueden «pensar» con más calma y con menos ideas prefijadas, en un tema tan encendido y delicado como la violencia; últimamente llamada doméstica, de género, contra las mujeres, etc.. (en función de quien se refiera a ello).

Además va dirigido sobre todo a los varones, para «ayudarles» a conocerse, aceptarse y en último punto, gestionarse. Para que sus circunstancias no desemboquen en situaciones violentas. Este es nuestro objetivo último; pero para hablar de la prevención de la violencia (algo socialmente deseable) debemos analizar primero una dimensión humana que es la agresividad; algo en ocasiones «negado» o «denostado»; pero que no por ello dejara de existir.

Hablemos pues de agresividad, antes de hablar de violencia.

■ Agresividad, Competitividad,¹ Dominancia

Vamos a dar entrada a lo que consideramos un carácter sexual terciario: la agresividad. Un carácter sexual secundario, sería por ejemplo el vello corporal (sobre esto ya hablamos en números anteriores). La diferencia no está en que el vello corporal sea diferente en hombres o mujeres; ambos poseen este vello. La diferencia está en la cantidad y distribución, que hace que existan dos formas diferentes de expresar una misma realidad: el vello corporal.

1 Como primer discusión vendrá consensuar de «qué» estamos hablando. Perfectamente podríamos hablar de competitividad, expresiones enérgicas, dominancia. Vamos a ir viendo como las connotaciones de unos u otros términos no son gratuitas.

En líneas generales los hombres tienen más vello y las mujeres menos. Siempre hay excepciones, que no por ello pondrán en cuestión la calidad de ese hombre o esa mujer; pero en líneas generales, y más allá de las excepciones, el vello corporal diferencia a hombres y mujeres.



Cuando hablamos de caracteres sexuales terciarios, nos referimos a distribuciones similares al «vello corporal»; pero en cuestiones psicológicas. Es decir, diferente forma de «actuar» en función del sexo. Salvando siempre las excepciones individuales; pero existiendo de fondo dos formas masculinas y femeninas de puesta en escena.

Es en este nivel de reflexión, donde vamos a situar la agresividad.

Antes de empezar, nos gustaría eliminar de este concepto cualquier connotación peyorativa o negativa y situarlo dentro de las expresiones humanas. Su expresión con mayor o menor intensidad, creemos que tiene mucho que ver con el sexo.

Entenderemos también la «agresividad» como ejercida hacia otra persona, por tanto nuestro foco va a estar en la interrelación (somos conscientes de que la agresividad puede ser dirigida a uno mismo, pero nos centraremos sobre todo en el aspecto relacional de esta agresividad).

Si vamos a hacer un esfuerzo por no connotar negativamente el concepto de agresividad, es porque pretendemos partir de esta como un «elemento» intrínseco (y por tanto ineludible) de la naturaleza humana (nosotros añadiremos, que además, «sexuada»). Ni siquiera planteamos aún un juicio de valor sobre ella, sino solamente su inevitable existencia.

Si partimos de la base de que todas las personas (todas, independientemente del sexo) poseemos una base, una capacidad para actuar agresivamente; consideramos que esta capacidad está más acentuada en los varones que en las mujeres.

La agresividad sería el continuo, en un polo estaría «más» (o explícito) y en el otro «menos»; en ese continuo se distribuirían de forma significativamente diferencial los hombres y las mujeres.

Intentando no quedarnos solamente en discursos «simpáticos», convendremos en un mayor nivel de agresividad en los varones. O en una «expresión» o «plasmación» más violenta de esta agresividad. Que nadie oiga en esto justificación alguna a nada; estamos hablando simplemente del análisis de los hechos.

Creemos urgente entender la agresividad primero como dimensión (como por ejemplo lo pueda ser la afectividad) formando parte de las posibilidades humanas más allá de su uso más o menos adecuado; y segundo, como carácter sexual terciario, debido a su «expresión» diferencial en hombres y mujeres.

Hagamos un ligero paralelismo entre afectividad y agresividad. La afectividad, como tal, más allá de su uso, conlleva una valoración positiva. Al proponerse «en positivo» se postula socialmente como una necesidad humana. Este beneplácito social se basa en que la afectividad facilita el encuentro y tiene «algo» que ofrecer al otro

En cambio la agresividad, tal vez tenga más que ver con el sentido de «supervivencia individual». No busca el encuentro,² sino que lo puede dificultar. Entenderlo, por tanto, como una «necesidad» es difícil, sólo por una cuestión estética de «valores humanos»; pero como tal habrá que asumirla. De hacerlo así estaríamos en la tesitura de su «canalización en positivo».

Cierto que la afectividad como tal no se cuestiona en tanto valor humano (sexuado, añadimos nosotros); pero puede haber bloqueo afectivo en un extremo (en la medida en que no se le dé salida en tanto necesidad humana) y sobreprotección o dependencia en el otro (en caso de canalizar inadecuadamente su exceso). Esta visión y existencia de «puntos extremos» no impide entender la afectividad como dimensión a cultivar. Ojalá estuviésemos en la

2 Es curioso observar, como en un plano más filosófico; el sexo es lo que diferencia y lo que impele al encuentro. Esta ambivalencia se muestra en expresiones, teóricamente tan distantes como la afectividad y la agresividad, ambas sin duda sexuadas.

misma disposición actitudinal, en el sentido más social, para entender la agresividad con los mismos criterios.

Existiría la posibilidad de canalizar en positivo la agresividad, para reconducirla o expresarla en «competencia» y «rendimiento»; que curiosamente también facilitan el «encuentro» (aunque sera para medirse). La otra posibilidad, más peligrosa, es aquella que se expresa en violencia y produce sufrimientos. Pero tal vez podamos entender que para evitar esto (violencia y sufrimiento), debemos canalizar y facilitar aquello (competitividad, rendimiento, valía en suma...).

Por tanto, habrá que entender que la agresividad como tal estará ligada al ser humano y de forma más marcada en los varones.

Detengámonos en algunos ejemplos.³ *«¿Qué es lo que aumenta tres veces el riesgo de suicidarte y diez veces el riesgo de matar a otra persona? Respuesta: ser un hombre» (pg. 21) «Es más de 20 veces más probable que un hombre mate a otro hombre que una mujer mate a otra mujer, y aún es más probable que un hombre mate a una mujer que una mujer mate a un hombre» (pg. 60). «Por cada mujer que cumplía una sentencia por homicidio o intento de homicidio había 27 hombres» (pg. 64). «Los hombres con trastornos psiquiátricos tienen 5 veces más probabilidades de ser peligrosos que las mujeres mentalmente trastornadas» (pg. 70)*

Si esto sucede en los modos más extremos de expresión, es sensato pensar que subyace una «potencialidad» más marcada en un sexo que en otro. Es decir, los hombres son más proclives a actuar de forma más violenta que las mujeres.

Y un detalle importante, esa potencialidad, subyace en un hombre (en el sentido intersexual) con mayor intensidad que en una mujer. No implicará inevitablemente que los hombres terminarán siendo violentos; pero sí vendrá bien asumir, como punto de inicio, que estos parten con una potencialidad más marcada y evidente que las mujeres. Por tanto, habrá expresiones más intensas de agresividad y más «numerosas» en los hombres que en las mujeres, dado que esa potencialidad sigue subyaciendo y forma parte inherente de los procesos de sexuación del hombre.

3 CLARE, A. (2002) *Hombres. La masculinidad en crisis*, Taurus, Madrid.

Este punto de partida, abriría muchas posibilidades terapéuticas que en estos momentos se cierran. Es decir, si partimos de su asunción (frente a su negación) empezaríamos a trabajar en «canalización» (prevención) *antes*⁴ que en «intervención» (agresión consumada).

Si asumimos o partimos de la idea de que hombres y mujeres no son iguales, estaremos en disposición de analizar sexualmente la agresividad.

Y concretando, podemos hablar del «sentido del honor» como un predisponente, es decir un facilitador a tener en cuenta al «reflexionar sobre la violencia».

El sentido del «honor»

Reparemos en algunos ejemplos que nos ponen tras la pista de esa «disposición previa», concretándose esta en el concepto «honor».

*«Se ha demostrado que es más probable que las personas que viven en los Estados Sureños de los Estados Unidos piensen que matar para proteger el honor está justificado, así como que es más probable que se ofendan cuando les insultan y que consideren la violencia como una respuesta apropiada a tales insultos. ... En un experimento sumamente imaginativo, uno de los investigadores insultó a un estudiante chocando contra él en un estrecho pasillo y maldiciéndole... Los norteños tendían a pasar por alto el incidente; los sureños no lo tomaban tan a la ligera y sus niveles de testosterona se elevaban rápidamente después del insulto mientras que los de los norteños no».*⁵

La susceptibilidad personal a sentirse ofendido (llamémosle «sentido del honor») ha sido el detonante para que esta situación se convierta en «potencialmente agresiva». Es decir, no basta solamente con ser hombre para «ser violento», se requiere de unos requisitos previos, de unos valores, para que esto sea así. Otras

4 Antes en el sentido cronológico, no en el sentido de prioridad asistencial. Pero si sólo se interviene desde este segundo plano la prevención nunca será efectiva.

5 CLARE, A. (2002). Op. Cit. Pg. 38.

«disposiciones anímicas diferentes», no desembocarán en violencia ante los mismos «contextos».

Concretando para ser operativos: disponer de unos valores «favorables» facilitará que sus reacciones no desemboquen en violencia. Esto es «prevención» desde la educación sexual. Es decir, un sentido del honor exacerbado, un sentido de la posesión excesiva, van a ser factores predisponentes que facilitarán que la agresividad se convierta en violencia. Ser hombre no se puede evitar; pero educativamente y personalmente tenemos margen de maniobra y elección para considerar cuales son los valores más deseables, cuales se deben cultivar y cuales se deben controlar; y, en la medida de lo posible, extinguir.

Así pues, y centrándonos incluso en la erótica masculina (en el deseo sexual masculino); aún cuando hablemos de cuestiones difusas y un tanto atávicas, nos encontramos con un sentido de posesión mucho más «arraigado» en los varones que en las mujeres. No se trataría de considerar la «posesión» como prueba de inmadurez; sino asumir una predisposición masculina a dar más relevancia a esta dimensión (Atención al matiz «dimensión», no defecto, ni valor, en principio; sino dimensión inevitable en toda relación afectiva) y por tanto «trabajar» sobre ella, no para erradicarla, sino para gestionarla. Se trataría de «ayudar» a los varones a «conducir» su plus de agresividad; antes que menospreciarlos por el hecho de poseerla.

Tenemos aquí una clave central en la prevención del maltrato: posibilitar al varón la «gestión» (que no la negación) de su «plus» de agresividad; el manejo de la posesión masculina.

Se trataría de conocerse, aceptarse y gestionarse.

■ Reflexionando un poco

Hay palabras de por sí «incorrectas» pero su negación no hace sino crear «efectos sustitutivos». Podemos seguir intentando que los hombres no sean agresivos (algo deseable) o por el contrario, abrir

los ojos y asumir una base agresiva superior en el varón, para a partir de ello posibilitar y canalizar salidas menos «violentas». Estamos con lo de siempre; tapamos (funciona un tiempo y la presa se rompe) o canalizamos. Estamos más pendientes del caudal que del cauce.

La alternativa de negar la agresividad, pretendiendo ser una persona controladora y dueña de sus emociones, nos traerá flacos resultados. Clare acaba concluyendo *«El mensaje es que los hombres pueden contener su agresividad, controlar su tendencia a dominar y seguir siendo hombres. No son marionetas ni producto de sus hormonas»*.

Pero este planteamiento positivo en lo deseable, cierra las puertas hacia lo «posible». Es decir, la clave frente a contener y controlar (intentado que no estalle la presa que contiene el caudal...); sería canalizar y encauzar, más realista, aún cuando menos «estético» (pero para ello habrá que asumir que existe un caudal y como tal, algo habrá que hacer con él: posibilitar un cauce).

Contra el modelo de hombre «cutre» se han denostado actividades poco «cultivadas» (de claro matiz intersexual masculino): fútbol, toros, motos, deportes de riesgo... Pero a todas luces y en una análisis sociológico más amplio, permiten canalizar la agresividad, sin duda sobrante⁶, que todo varón lleva dentro. No sólo ha sucedido que se han denostado como poco «evolucionadas» esas actividades, sino que no se han dado otras alternativas e incluso me temo que sus posibilidades se han feminizado.

Un cierto «estatus social cultivado» marca pautas entre adecuado e inadecuado. Parece que hay que avergonzarse porque te guste el fútbol, los toros, correr como un loco... pero uno está orgulloso de exhibir que le gusta el teatro, que lee y no ve la tele; incluso

6 Sobrante en el ámbito occidental (espacio) industrializado (desarrollo social) actual (tiempo). Veríamos si pensásemos lo mismo en caso de vivir aún en la selva o en otra época. La sociedad ya no está dividida en cazadores (varón) y recolectores (mujer); pero la realidad esencial del ser humano es la misma desde entonces. Cambia el contexto (hardware) pero no tanto la «dotación» (software) humana.

la destreza sólo sirve si es doméstica y por tanto útil (¡bienvenido el bricolaje ante la inutilidad de un gol de bolea con los amigos!).

Nadie hace una análisis sexuado de los accidentes de tráfico, de los muertos en deportes de riesgo, de qué sexo son la mayoría de los adictos a las drogas, al juego (sin negar por ello la presencia de mujeres -intersexualidad-).

Cuidado, no se trata de repartir miseria, sino de analizar las consecuencias sexuadas a todos los niveles y ofrecer posibilidades de «cultivo» más que de «obstrucción» o «negación».

Y atención, una cosa es, por ejemplo, la racionalidad del análisis de una convivencia y otra distinta el manejo de emociones desbordadas en momentos intensos. Y hombres y mujeres no somos iguales y, lo peor, nos podemos retroalimentar en lo más peligroso de nuestras miserias, aún cuando las intenciones racionales puedan estar muy lejos de ello.

La sexología ofrece al menos unas bases al entender la agresividad como un carácter sexual terciario. La violencia es el extremo patológico de una dimensión más marcadamente masculina que es la agresividad. Al igual que pueden existir desviaciones sexuales, o bloqueos afectivos, como extremos patológicos de rasgos de personalidad absolutamente inherentes al ser humano.



Para saber más:

SÁEZ SESMA, S. (2003), *Los Caracteres Sexuales Terciarios. Procesos de sexuación desde la teoría de la intersexualidad*, Revista Española de Sexología, nº 117-118, Ed. Incisex, Madrid.

SÁEZ SESMA, S. (2005), *Cuando la terapia sexual fracasa. Aportaciones sexológicas para el éxito*, Ed. Fundamentos, Madrid.